

ESPERANTO

la lengua universal

Lluís Armadans

Para quienes vivimos en un mundo tan insensible como el nuestro resulta difícil comprender todo lo que significa una lengua. El espíritu científico con que las hemos estudiado nos ha hecho olvidar que, detrás de una lengua, hay una gente que la habla, una comunidad de personas que, poco a poco, le ha dado forma, que se siente unida gracias a ella y que ha desarrollado una cultura y una forma particular de entender el mundo a través de ella. Además, una comunidad que ha desarrollado una lengua se siente satisfecha y orgullosa (en el buen sentido de la palabra) por hablar *su propia lengua*, la que ellos mismos han creado y que ha creado a sus habitantes.

Cuando una comunidad impone su lengua a otra, ésta debe renunciar a la suya y, con ella, a todo lo que la distinguía de las otras comunidades: su personalidad cultural. Sus habitantes podrán creerse más o menos identificados con la del dominante; sin embargo, aunque lleguen a convencerse de que aquélla es su lengua y aquélla su comunidad, su corazón, siempre fiel a la verdad, no consentirá jamás este atentado; a fuerza de sentirse ignorado acabará por enmudecer, se volverá insensible y los habitantes de una comunidad anteriormente próspera se sentirán ahora vacíos y hallarán en el individualismo el único consuelo a sus males. Un buen ejemplo lo constituye África: A finales del siglo pasado, Europa le impuso sus costumbres, sus lenguas y su religión. En la actualidad, tras haber alcanzado la independencia, sufre un gran vacío cultural: su antigua cultura, con la que podrían sentirse identificados, no se adapta a las exigencias de la "civilización"; y la europea, que les pone en contacto con aquélla, sigue resultándoles ajena.

Desgraciadamente, estos procesos han sido muy frecuentes a lo largo de la historia: Egipto, Grecia, Roma y los árabes sometieron numerosos pueblos a sus respectivos imperios. Posteriormente,

dentro de un mismo estado europeo las distintas culturas fueron reprimidas por la dominante: la expansión colonial llevó a los europeos a reprimir culturas indígenas de otros continentes...

Actualmente son los Estados Unidos quienes imponen su cultura. Ayudados por esta "maravilla" técnica llamada televisor, han ido sustituyendo la rica cultura europea por unas costumbres cada vez más ajenas: nuestros gustos, nuestras modas, nuestras aficiones, son ahora meticulosamente estudiadas en aquél país. No hay duda de que un factor decisivo en este proceso ha sido la lengua inglesa: desde los mandos de un tocadiscos o la tapa de un frasco de mermelada hasta los últimos descubrimientos de la bioquímica pasando por las canciones de cualquier película americana, la utiliza, siendo preciso estudiarla; así debemos pagar unos libros y unos profesores procedentes de este país, fuente nada despreciable de ingresos, a los que también podemos añadir los derechos de traducción de libros y de doblaje de películas. Todo ello lleva a aumentar la desigualdad económica al ser los países más débiles quienes tienen mayor necesidad de este tipo de gastos.

Quizás lo más lamentable es que todo ello nos lleva progresivamente a la pérdida de nuestra cultura tradicional. Cuando no había televisión el juego entre niños era más frecuente, más libre, sobre todo en los pueblos. Actualmente el niño se ha convertido en un receptor de películas, dibujos y telefilms norteamericanos. Si bien es cierto que nuestro sistema anterior tenía muchos defectos y que en la actualidad pequeños grupos intentan recuperar estos valores, también lo es que la inmensa mayoría de españoles y europeos obedecen, sin oponer ninguna resistencia, el modelo cultural impuesto por el sistema norteamericano.

Ante esta visión un poco inquietante del mundo actual, cabe preguntarse si sería posible evitar

estas situaciones, si hay algún medio a nuestro alcance para lograrlo. Muchos pensadores lo han visto en una lengua universal conocida y hablada por todos los hombres, lo cual evitaría considerablemente el predominio de unos estados sobre otros. Sin embargo, muchos de ellos ignoran las posibilidades de un idioma universal que ya existe: el ESPERANTO. Inventado por Lazarus L. Zamenhoff en el año 1887, presenta una extraordinaria sencillez gramatical. Su artificialidad, vista con recelo por algunos lingüistas, es una de sus mayores ventajas: sólo así pudo Zamenhoff prescindir de las tan pesadas excepciones gramaticales, que hacen interminable el estudio de cualquier otra lengua.

Además, las otras reglas existentes fueron elaboradas buscando la máxima simplicidad. Todos los adjetivos acaban con una misma vocal: la A; todos los nombres, con la O; los plurales, con la J (que se pronuncia siempre como una I). Ga, ge, gi, go, gu se pronuncian respectivamente ga, gue, gui, go, gu. Por lo que se refiere al vocabulario, el esperanto construye sus palabras a partir de unas raíces a las que añade prefijos y sufijos, ninguno de los cuales se halla sujeto a modificaciones. Cada palabra resultante puede convertirse, además, en la

raíz de una nueva familia, siendo posible infinidad de combinaciones.

En el programa actual de BUP figuran el latín y, opcionalmente, el griego. Su interés pedagógico reside en la ejercitación lingüística que supone el estudio de una lengua difícil, extraña y nada usual en las conversaciones. Pero su aprendizaje, que los estudiantes ven poco claro e inútil, podría sustituirse con ventaja por el esperanto, mucho más sencillo, atractivo, y con resultados superiores. Por si fuera poco, ahorraría el estudio de uno o dos idiomas extranjeros, con el consiguiente ahorro de tiempo.

Pero el esperanto es mucho más que un diccionario y una gramática: es la expresión de un ferviente anhelo de fraternidad universal. Quien desea crear nuevos lazos de amistad, intercambiar sellos, ampliar sus conocimientos geográficos, divulgar sus ideales o descubrir los problemas de su profesión en todo el mundo, halla en él un excelente medio para conseguirlo. Así lo demuestran las numerosas asociaciones internacionales de todo tipo que a través de él han surgido: vegetarianos, abstemios, teósofos, católicos, médicos, ferroviarios, etc...

El esperanto no propugna la uniformidad lingüística de todo el planeta; todo lo contrario, ha sabido comprender mejor que nadie la necesidad de proteger las culturas marginadas. Buena muestra de ello es la traducción y publicación de sus antologías literarias, y en muchos casos, dándolas a conocer al mundo por vez primera.

Aprender el esperanto no es tarea difícil y supone unos beneficios considerables. Si bien no se trata de algo imprescindible, vale la pena el intentarlo, para llegar a la comprensión de cómo podría —y debería— ser el mundo si floreciera en él una relación plenamente humana entre todos los pueblos.

